

UNA
IGLESIA CONFORME AL
CORAZÓN
DE DIOS

UNA
IGLESIA CONFORME AL
CORAZÓN
DE DIOS

CÓMO SANAR LA IGLESIA DE HOY
PARA QUE REFLEJE SU PROPÓSITO ORIGINAL...
LA GLORIA DE DIOS

MIGUEL NÚÑEZ



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Una iglesia conforme al corazón de Dios © 2011 por Miguel Núñez y publicado por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de La Biblia de las Américas © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Todos los derechos reservados.

Las cursivas añadidas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1839-6

1 2 3 4 5 / 15 14 13 12 11

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

AGRADECIMIENTOS

Al cuerpo de pastores y ancianos de nuestra iglesia que con tanta dedicación y esfuerzo lucha junto conmigo para levantar una iglesia que ame a Dios y la revelación de su palabra. Sus nombres aparecen en el orden en que ellos fueron agregados al equipo pastoral a través de los años.

*A **Héctor Salcedo**, por su compañía incondicional desde los primeros años de la congregación, en la enseñanza, predicación y dirección de la iglesia.*

*A **Luis Núñez**, no solo por su amor a la iglesia local y su lealtad en el Señor, sino también por ayudarnos a adorar a Dios semana tras semana.*

*A **Joel Peña**, por su pasión por ver una generación joven que honre a Dios no solo de palabras, sino también con sus vidas. ¡Gracias por tu espíritu joven!*

*A **Fausto González**, por amar a las ovejas del Señor y por su trabajo incansable aconsejando a aquellos que Dios trae a nuestro redil y en aras de los matrimonios de la iglesia.*

*A **José Mendoza**, por su colaboración indispensable en el establecimiento y continuación de nuestro instituto de formación académica y sus aportes en el pastoreo del cuerpo de Cristo.*

*A **Felipe Castro**, incorporado como anciano recientemente, por su labor sincera y desprendida apoyando el trabajo ministerial que ocurre más allá de las cuatro paredes de nuestra propia iglesia.*

A cada una de sus esposas (Chárbela, Carolina, Angélica, Laura, Erika y Cinthya) por prestarnos a sus esposos para ser “exprimidos” en aras de la causa de Cristo. Mi esposa (Cathy) a quien agradezco su amor y apoyo incondicional, y yo, estamos muy agradecidos del Señor de que Dios les haya elegido para ser las compañeras de estos hombres que hoy pastorean junto conmigo la iglesia que Dios nos ha dado.

CONTENIDO

Prólogo	9
Introducción	13

PRIMERA PARTE: LA IGLESIA Y SU FUNCIÓN EN EL MUNDO

Capítulo 1: El propósito de la iglesia	21
Capítulo 2: El fundamento de la iglesia	37
Capítulo 3: Disciplina y santidad de la iglesia	55
Capítulo 4: La iglesia y el mundo	73

SEGUNDA PARTE: LA IGLESIA DE NUESTROS DÍAS

Capítulo 5: Y entonces, ¿como evangelizaremos?	91
Capítulo 6: La iglesia y el movimiento de consejería de nuestros días	109
Capítulo 7: La iglesia en medio de la apostasía de hoy	127
Capítulo 8: La iglesia y el movimiento de guerra espiritual ..	147
Capítulo 9: La armadura de Dios o la armadura del hombre	163

TERCERA PARTE: CÓMO SANAR LA IGLESIA DE HOY

Capítulo 10: La división: La plaga de la iglesia	181
Capítulo 11: La cura del descontento en la iglesia	201

Capítulo 12: El legalismo dentro del pueblo de Dios.....	217
Capítulo 13: La iglesia de “los unos y los otros”.....	235

**CUARTA PARTE:
LA IGLESIA Y SU LIDERAZGO**

Capítulo 14: Un líder de Dios para un tiempo como este.....	253
Capítulo 15: De ancianos y diáconos.....	269
Capítulo 16: Las ovejas y sus responsabilidades.....	291
Conclusión: La necesidad de reformar la iglesia de nuestros días	313
Bibliografía	325

PRÓLOGO

Muchos predicadores hemos tenido la osadía de titular un sermón con el título de este libro. Yo he enseñado algunos como “Un hombre conforme al corazón de Dios”, “Un matrimonio conforme al corazón de Dios”, “Un pastor conforme al corazón de Dios”, “Una esposa de pastor conforme al corazón del Buen Pastor” y otros. He escuchado algunos que no reflejan el título elegido porque no revelan el deseo divino con fidelidad al texto bíblico. Pero creo que existen personas como Miguel que cumplen el requisito para tener la valentía de titular su libro “Una iglesia conforme al corazón de Dios”. Es que solamente pueden conocer, lo que los humanos podemos conocer del corazón de Dios, aquellos hombres de Dios íntegros, que han cumplido, con dedicación y la técnica apropiada, la responsabilidad de investigar con perspicacia, analizar con discernimiento, interpretar con la hermenéutica apropiada y aplicar con la relevancia necesaria, las verdades bíblicas que han sido reveladas. Ese hombre de Dios es Miguel Núñez.

Necesitamos un libro como este porque vivimos en crisis. Lamentablemente, algunas iglesias evangélicas modernas tienen más miembros que nunca, pero también son menos profundas que nunca y por ello, algunas congregaciones, a pesar de la buena intención de sus líderes y por la falta de instrucción bíblica apropiada, se han convertido en emocionales en su percepción, relativas en sus

conceptos y espiritualizadas en sus prácticas. Ese tipo de iglesia no es conforme al corazón de Dios.

Existen congregaciones que son “morgues con campanario” debido a que están llenas de muertos que cantan bien, oran bien, ayunan bien, pero viven mal; porque sus vivencias humanas no reflejan los valores divinos. Existen congregaciones que van camino a la muerte porque el libro de estatutos y reglamentos es más grueso y más consultado que la Biblia. Ese tipo de iglesia no se basa en el corazón de Dios. Existen congregaciones tan innovadoras que han innovado su interpretación bíblica y, en vez de predicar la verdad revelada sabiamente, interpretan literalmente y enseñan alegóricamente. Existen cada vez más motivadores evangélicos y cada vez menos predicadores bíblicos, y aumenta el número de líderes que enseñan lógicamente en vez de hacerlo teológicamente. Ese tipo de iglesia puede reunir muchas personas por lo atractivo del sistema, pero no se ha desarrollado conforme al corazón de Dios.

La vida tiene muchas decepciones, pero creo que no existe ninguna tan grande como la que resulta de haber sido objeto de un abuso bíblico. Es decepcionante descubrir que uno ha sido víctima de quien, incluso sin saberlo, tuerce las Escrituras, o desvía el significado. Creo que no hay mayor decepción que haber creído algo con todo el corazón y con toda sinceridad, para luego descubrir que la información recibida era una falacia, errónea y un riesgo para su crecimiento espiritual. Asistir a una congregación con líderes bien intencionados, pero mal preparados es no actuar conforme al corazón de Dios.

Solamente interpretando bien la Biblia podemos tener congregaciones conforme al corazón de Dios porque la verdad divina no fue revelada para que sea leída o admirada, sino para que sea bien interpretada a fin de que pueda ser bien aplicada. El libro de Dios es la voz de Dios. Si Él se hiciera visible y nos predicara su mensaje no estaría en oposición a la Biblia, su mensaje de verdad estaría conectado exactamente con lo que puede leer en las Escrituras. Su opinión, su consejo, sus demandas, sus deseos, sus advertencias, revelan el corazón de Dios. Esas son extraordinarias razones para

que la revelación bíblica sea amada, investigada, estudiada, interpretada, y aplicada sabiamente y para que la iglesia moderna examine si es verdaderamente una iglesia conforme al corazón de Dios y no conforme a la buena intención humana.

Dios nunca nos decepciona y la Palabra de Dios siempre funciona. Dios prometió que su Palabra nunca volvería vacía y que siempre cumpliría el propósito para el cual fue revelada. Jesucristo dijo que toda su Palabra, hasta la última tilde se cumpliría y los apóstoles aseguraron que esa Palabra de Dios nos transforma, nos corrige, nos enseña, nos exhorta y todo es verdad. Entonces, ¿por qué existen iglesias conforme al corazón de los hombres? La respuesta es sencilla. Los únicos culpables de que no seamos receptores de los beneficios que Dios ofrece son los cristianos que esperan que Dios cumpla promesas que ellos se atribuyen, pero que no fueron escritas para ellos, los que a pesar de su buenas intenciones realizan erróneas interpretaciones, los que tienen líderes bien intencionados, pero equivocados, y los que entienden mal las buenas explicaciones de los líderes sabios, bíblicos y que predicán con responsabilidad. Actuando así, nadie puede vivir conforme al amoroso corazón de Dios.

Lo que nunca falla ni fallará es la exacta e inerrante Palabra de Dios que siempre, con exactitud, revela la verdad. Solamente al desarrollar nuestras congregaciones basándonos en la verdad bíblica bien interpretada, aunque no sea popular, tendremos una iglesia tal como fue diseñada, es decir, conforme al corazón de Dios. Gracias Miguel por este manual bíblico tan necesario. Te adelantaste a mi plan de publicar mi libro sobre la iglesia, pero lo haces tan bien que no solo me alegra que lo hayas escrito, sino que lo recomiendo como un excelente texto de estudio.

DAVID HORMACHEA

INTRODUCCIÓN

La primera vez que pensé en el título de este libro, “Una iglesia conforme al corazón de Dios”, tuve dudas acerca del uso de este nombre. Temí que algunos pudieran pensar, antes de leer el libro, que el autor usara este nombre pensando que él pastorea la iglesia ideal, libre de los errores típicos de las demás iglesias. Y es por esto que desde el principio quisiera dejar claramente establecido el hecho de que nuestra iglesia está muy lejos de ser la iglesia modelo. Si lo creyéramos, esa sola idea nos descalificaría para escribir sobre este tema y sobre todo con este título. Las ovejas y los líderes de toda iglesia comparten algo en común... su condición caída y la naturaleza carnal que lucha contra los deseos del Espíritu, según leemos en Gálatas 5:17. Por tanto, las manifestaciones propias de la carne son vistas de una u otra manera en todas las iglesias de este lado de la gloria. Ciertamente, esas tendencias las vemos más o menos marcadas y con mayor o menor frecuencia en la medida en que las iglesias permanecen más o menos cercanas del estándar de su Palabra y conforme a cómo su liderazgo modela o no, para la congregación, una vida de integridad, de transparencia y de vulnerabilidad.

Después de haber considerado varios títulos posibles, hubo algo que entiendo que Dios trajo a mi mente y me animó a hacer uso del nombre que finalmente seleccionamos. Me refiero al hecho de que David fue llamado por Dios, “un hombre conforme a su propio corazón” (1 S. 13:14), a pesar de que este rey estaba muy lejos del

estándar de la perfección. Cuando hablamos de una iglesia conforme al corazón de Dios estamos hablando de ver la iglesia de Cristo a la luz de lo revelado en su Palabra, para corregir las desviaciones en las que cada uno de nosotros haya incurrido. Lo que Dios haya revelado en su Palabra para la iglesia debe ser el patrón que cada iglesia debiera perseguir. El estándar de Dios debe guiar la visión y la misión de la iglesia. Cuando hablamos de visión, estamos hablando de algo que estamos persiguiendo y que aún no hemos alcanzado. Una vez alcanzada la visión, ya deja de ser visión y pasa a ser realidad. Esa es la razón por la que la visión de una iglesia es algo que de alguna forma siempre pertenece al futuro. Si fuera algo del pasado, ya no le llamaríamos visión, sino logros. Esto debe ayudarnos a entender que estamos tratando de comunicar con el título de este libro. Queremos que la revelación de Dios para su iglesia sea continuamente nuestro norte y aquello que perseguimos continuamente hasta su regreso a nosotros.

Somos conscientes de que la iglesia modelo o ideal no ha existido en dos mil años de historia, ni siquiera en los tiempos primeros; y así vemos cómo en Hechos 6 ya habían viudas que se estaban quejando de no ser atendidas y en prácticamente todas las cartas del Nuevo Testamento leemos acerca de problemas dentro de cada iglesia local. Sería ingenuo pensar que una iglesia compuesta de pecadores pudiera estar exenta de fallas, errores, actitudes y prácticas pecaminosas. Para encontrar esa iglesia tenemos que esperar hasta la consumación de los tiempos y la reunión de los redimidos de nuestro Dios en los cielos. Con esto no queremos decir que cada iglesia está tan mal parada como la otra. Sabemos que siempre han existido iglesias apóstatas; iglesias inmaduras con personas a las que Pablo llama carnales (1 Co. 3:1) e iglesias como la de Tesalónica a la que Pablo exhorta que continúen haciendo las cosas que ya venían haciendo. De esta última, Pablo tuvo extraordinarias palabras de exhortación en 1 Tesalonicenses 1:6-8:

Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor,
habiendo recibido la palabra, en medio de mucha tribulación,

con el gozo del Espíritu Santo, de manera que *llegasteis a ser un ejemplo* para todos los creyentes en Macedonia y en Acaya. Porque saliendo de vosotros, la palabra del Señor ha resonado, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también por todas partes vuestra fe en Dios se ha divulgado, de modo que nosotros *no tenemos necesidad de hablar nada*.

Esta iglesia, aparentemente, había entendido lo que implica ser una iglesia conforme al corazón de Dios y, a pesar de sus imperfecciones, Pablo les dice en este momento de su historia, “no tenemos necesidad de hablar nada”. Nada que corregirles ni nada que reprocharles. No tenemos los detalles de cómo esta iglesia llegó a ser lo que llegó a ser, pero sin lugar a dudas, una de las razones principales fue la característica que Pablo resalta en esta carta:

Por esto también nosotros sin cesar damos gracias a Dios de que cuando recibisteis la palabra de Dios, que oísteis de nosotros la aceptasteis no como la palabra de hombres, sino como lo que realmente es, la palabra de Dios, la cual también hace su obra en vosotros los que creéis (1 Ts. 2:13).

Cualquier enfermedad que experimente la iglesia de Cristo, exhibirá síntomas que nos permitirán encontrar la raíz del problema en una mala teología, usualmente con una mala aplicación. La Palabra es el ancla que mantiene a la iglesia estable, segura y cerca del puerto que no es otro que el corazón de Dios. Al observar el desarrollo de las iglesias, es frecuente que estas se enfermen en sus primeros años de crecimiento, lo cual requerirá un trabajo continuo de revisión, confesión, arrepentimiento y redirección. Las iglesias son plantadas y comienzan a crecer, y en el proceso de crecimiento cometen muchas inmadureces al igual que ocurre con los niños y jóvenes durante su proceso de crecimiento y maduración. Todos eventualmente pasamos a la edad adulta, pero muchos son los que se quedan en la adolescencia emocional y espiritual y así ocurre con las iglesias. Si bien es cierto que la perfección es inalcanzable

en este momento de la historia redentora, no es menos cierto que la Palabra nos llama a ser maduros (Ef. 4:13). Con esa idea en mente, hemos querido escribir un libro que contribuya a la madurez de la vida espiritual de las iglesias y eso va a requerir mucho más que un mero conocimiento.

Sabemos por la misma Palabra que no basta con abrazar la ortodoxia; es necesario también tener una ortopraxis; una práctica correcta de lo que el texto bíblico señala. Hay varias maneras en las que la práctica ha hecho daño a muchas de las iglesias de Cristo. Podemos predicar la doctrina correcta y no vivir por ella. Eso debilita la autoridad de la Palabra frente a ese pueblo que escucha, y le resta credibilidad al liderazgo que la dirige. Tenemos que evitar el convertirnos en buenos oidores, sin nunca llegar a ser buenos hacedores como nos advirtiera Santiago (1:22) en su carta. Igualmente podemos incurrir en el error de tener una buena exposición de la Palabra y entendimiento de la práctica, pero no ser cuidadosos al aplicar el estándar de Dios dentro de nuestras iglesias, sobre todo cuando éste es aplicado selectivamente a unos sí y a otros no. Esto ha sido causa de descontento, salidas y divisiones en muchas de las congregaciones de los santos.

Por otro lado, la ortodoxia y la ortopraxis de la doctrina se benefician mutuamente cuando estas van acompañadas de un liderazgo transparente y que no teme a ser vulnerable ante el pueblo de Dios. Esa es la esencia de la humildad, de la no pretensión y la forma clara de transmitir a las ovejas el mensaje de que nosotros tampoco hemos arribado a la meta. Cuando esto no está presente, la congregación llega a la conclusión errada de que sus líderes carecen de debilidades y no se ven estimulados a la confesión de sus pecados porque nunca han oído a sus líderes hablar de sus faltas. La congregación se convierte en un pueblo que vive con la idea de que “yo estoy bien y tú estás bien” por usar el título de ese libro que años atrás alcanzó gran éxito en la sociedad secular.

Todo esto contribuye al hecho de que las congregaciones muchas veces tengan ideas muy erradas de su líderes y tienden a vernos como personas “casi infalibles”; y nosotros, los líderes, hemos contribuido

a esa imagen al no compartir nunca con los miembros nuestras debilidades, errores y hasta nuestros temores. Sin embargo, con el tiempo, dejamos ver nuestras grietas a lo largo de los años, y cuando nuestras ovejas las descubren, se desilusionan y muchas hasta dejan enfriar su fe. Pero peor aún, cuando los líderes no compartimos nuestras debilidades y nunca pedimos perdón, el pueblo de Dios crece sin confesar sus pecados, sin vida de arrepentimiento porque nunca la ha visto ser modelada desde el púlpito, y esto hace mucho daño al pueblo de Dios que no experimenta el poder purificador del Espíritu de Dios debido a su falta de arrepentimiento.

Este libro, sin lugar a dudas, no representa la última palabra en materia de eclesiología, y más bien es presentado a la comunidad de creyentes con el deseo de contribuir a la formación de un pueblo que honre a nuestro Dios de manera que su nombre no sea blasfemado entre los incrédulos a causa de nosotros. Oramos para que aquello que Dios haya inspirado y que haya encontrado su lugar en este libro sea sembrado con poder, en la mente y el corazón del lector. Y que aquello que haya sido puramente una idea del autor sin aprobación divina, sea llevado por el viento de su Espíritu, y que de esta manera Dios separe el grano de la paja.

MIGUEL NÚÑEZ

PRIMERA PARTE

LA IGLESIA Y SU FUNCIÓN
EN EL MUNDO

EL PROPÓSITO DE LA IGLESIA

“En Él también vosotros, después de escuchar el mensaje de la verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído, fuisteis sellados en Él con el Espíritu Santo de la promesa, que nos es dado como garantía de nuestra herencia, con miras a la redención de la posesión adquirida de Dios, para alabanza de su gloria”.

EFESIOS 1:13-14

Escribir un libro acerca de la iglesia que Dios quiere sin antes hablar del propósito de esa iglesia según la revelación de Dios, es como hablar de que estamos vivos, pero no sabemos para qué. El propósito de la iglesia nos habla de la razón de su existencia. Entender este propósito nos ayuda, pues, a definir las metas que debiéramos perseguir y nos lleva a entender de qué manera y hasta dónde es posible que una iglesia haya podido desviarse del plan original de Dios. Acerca de la iglesia, existen muchos malos entendidos, y entre estos, se encuentra aún la definición misma de lo que constituye una iglesia. Si no entendemos lo que este concepto implica, mucho menos entenderemos su propósito.

Para muchos, la iglesia es simplemente una institución. Para ellos, una de las cosas más fundamentales de una iglesia son los reglamentos, estatutos y la constitución de la misma. Hemos estado

en múltiples reuniones donde los términos “reglamentos y estatutos” han sido mencionados con mucha más frecuencia que términos como Biblia, Dios, Cristo, Espíritu Santo, su Palabra, el Cuerpo de Cristo, su causa, y palabras que la Biblia relaciona íntimamente con la iglesia de Dios. Los documentos legales de una iglesia son importantes, pero no le dan vida a la iglesia y, como la letra mata, muchas veces estas cosas contribuyen a matar el espíritu de esa iglesia, si no son vistas y tratadas como secundarias a la revelación de Dios. Algunos pueden argumentar que si los documentos fueron inspirados en la Biblia, cada vez que nos referimos a estos documentos podemos asumir que estamos haciendo uso de la Palabra de Dios, por lo menos de manera indirecta. Este argumento puede ser común, pero no es válido. Uno de los grandes problemas es, con frecuencia, que aquello que se asume, con el paso del tiempo simplemente termina siendo ignorado y eso es lo que ha ocurrido con la Biblia.

Para otros, la iglesia es un edificio y por tanto su propósito en ocasiones se reduce a embellecer la edificación y a actividades que no tienen un impacto más allá de las cuatro paredes del edificio. Pero como las paredes son frías, esos lugares muchas veces se sienten igual de fríos. No podemos olvidar nunca que “la gente” es la meta del plan de Dios y no las actividades, ni las tareas en sí mismas. Si lo que hacemos no termina ministrando al pueblo de Dios, hemos fracasado en llevar a cabo el propósito de redención. Antes de que pueda ser acusado de ser antropocéntrico en mi concepto de lo que es la iglesia, quisiera aclarar que, sin lugar a dudas, la Palabra de Dios declara de diferentes maneras que el propósito de la iglesia es la gloria de Dios; pero eso que glorifica a Dios tiene una meta, y esa meta es la redención del hombre por medio de su hijo Jesucristo y es en ese sentido que hablamos de que “la gente”... sus elegidos constituyen el objetivo de la iglesia. Tenemos que cuidarnos de no usar a la gente para llevar a cabo nuestras actividades, en vez de usar las actividades para alcanzar a la gente que está siendo llamada.

Para algunos, la iglesia es una especie de club social, para hacer amigos o para que sus hijos hagan amistades cristianas con quienes puedan salir y eventualmente casarse incluso. Pero como eso debe ser un “beneficio” (realmente una bendición) colateral y no un propósito propiamente dicho, el resultado es que la iglesia termina no teniendo más valor que cualquier institución donde se va a socializar y donde uno acude para servirse, y no para servir.

Más aún, para otros, la iglesia es un lugar donde acuden los domingos para cumplir con Dios, de manera que el Señor pueda bendecirlos durante la semana, como aquel que respeta un semáforo para no tener que pagar una multa. Para ese grupo, la iglesia es como un seguro de vida que le garantiza su salvación, cuando en realidad la iglesia no le representa ninguna seguridad de salvación. La salvación la da el Señor Jesucristo de manera personal, y no a través de ninguna institución. De igual manera, muchos asisten a la iglesia porque allí se sienten bien después de toda una semana en la que han pensado poco —o nada— en Dios. En ese caso, la iglesia es una especie de “Valium” que tranquiliza la conciencia cuando está agitada.

Otros ven la iglesia como un grupo de personas dedicadas a la evangelización y domingo tras domingo es lo único que se hace en estas congregaciones. Pero aquellos que fueron evangelizados años atrás, ya han perdido el interés de “ser evangelizados” una y otra vez cada domingo, y terminan saliendo a buscar otros pastos. De igual modo, tampoco podemos hacer que la iglesia se vuelva un lugar de instrucción simplemente. Cuando esto ocurre, hay poca adoración y poca intimidad con Dios, ya que estas dos cosas no eran parte de las metas principales, sino la educación del intelecto. Cuando el propósito es la instrucción, podríamos terminar creando personas con “doctorados” en la Biblia, pero con pocos deseos de intimar con Dios y a veces con poca motivación para salvar almas perdidas, animar a los desalentados, sostener a los débiles y ser pacientes con todos, como nos informa Pablo en 1 Tesalonicenses 5:14. Si hay algo que valoro, es la enseñanza bíblica, y de hecho, he dedicado

muchos años al estudio y a la enseñanza, pero si nos descuidamos, este conocimiento puede llegar a envanecernos (1 Co. 8:1).

LA EVANGELIZACIÓN DEL HOMBRE

Cuando el foco primario es la evangelización del hombre, frecuentemente se termina haciendo al hombre el centro del plan de Dios en lugar de la gloria de Dios como mencionamos más arriba. En muchos casos, en el esfuerzo por evangelizar a los perdidos, hemos adoptado programas que comprometen los principios bíblicos porque en esos casos “el fin justifica los medios”; el fin de salvarlos, justifica la manera como lo hacemos. Cuando el hombre pasa a ser el centro, la iglesia se encontrará más preocupada por la manera en que ese hombre se sienta al venir a la iglesia que en cómo Dios piense acerca de nosotros. Cuando esto ocurre tendemos a comprometer la predicación por temor a que algunos no se sientan bien, y en cambio introducimos mucha música, pero con poca adoración, muchas actividades pero poca intimidad, y así sucesivamente.

La iglesia de hoy necesita volver a hacerse la pregunta: ¿Cuál es el propósito número uno de la iglesia? Y la respuesta que la Palabra ofrece es clara: la gloria de Dios. El texto del primer capítulo de Efesios es sumamente claro:

Según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de Él. En amor *nos predestinó* para adopción como hijos para sí mediante Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad, *para alabanza de la gloria de su gracia* que gratuitamente ha impartido sobre nosotros en el Amado. En Él tenemos redención mediante su sangre, el perdón de nuestros pecados según las riquezas de su gracia que ha hecho abundar para con nosotros. En toda sabiduría y discernimiento nos dio a conocer el misterio de su voluntad, *según el beneplácito que se propuso* en Él, con miras a una buena administración en el cumplimiento de los tiempos, es decir, de reunir todas

las cosas en Cristo, tanto las que están en los cielos, como las que están en la tierra. En Él también hemos obtenido herencia, habiendo *sido predestinados* según el propósito de aquel que obra todas las cosas *conforme al consejo de su voluntad*, a fin de que nosotros, que fuimos los primeros en esperar en Cristo, seamos *para alabanza de su gloria*. En Él también vosotros, después de escuchar el mensaje de la verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído, fuisteis sellados en Él con el Espíritu Santo de la promesa, que nos es dado como garantía de nuestra herencia, con miras a la redención de la posesión adquirida de Dios, *para alabanza de su gloria* (Ef. 1:4-14).

LA GLORIFICACIÓN DE DIOS

Tres veces en este texto se nos recuerda que fuimos salvados para la alabanza de su gloria y, de igual modo, varias veces se enfatiza el hecho de que Dios nos escogió según el consejo de su voluntad... de manera que cuando Dios se propuso formar su iglesia lo hizo con la idea de glorificar su nombre. Y si eso es cierto y sabemos que lo es, es importante definir qué es la gloria de Dios. En el hebreo, la palabra “gloria” es *kabod* que viene de una raíz que significa pesado, algo que no es ligero o sencillo, y en el griego es la palabra *doxa* que originalmente significó “opinión.” De manera que al hablar o hacer algo nosotros, debíamos hacerlo de una manera que ensanche la opinión que el otro tiene acerca de nuestro Dios.

Por otro lado, de la forma en que esta palabra es utilizada en algunos pasajes de la Biblia, la palabra “gloria” significa *honor, excelencia, reputación*. Así mismo, la palabra “gloria” es usada para significar luz o la brillantez que rodea a Dios como ocurre en la Septuaginta. Cuando Dios deja ver lo que Él es, lo que se manifiesta es su gloria. La gloria de Dios engloba todo lo que Él es, sus atributos: poder, gracia, amor, misericordia, omnisciencia, omnipotencia, sabiduría, eternidad... El Salmo 19:1 dice lo siguiente: “Los cielos proclaman la gloria de Dios, y la expansión anuncia la obra de sus manos”. La

grandeza del universo y la sabiduría requerida para que funcione armónicamente reflejan en su poder y majestad lo que Dios es. Ahora bien, el universo no refleja aquellos atributos como el amor, la gracia, la misericordia y la justicia de Dios, por tanto se queda corto en la demostración de lo que Dios es. Pero su Hijo en la cruz termina revelando, a través de su sacrificio, el amor, la gracia, la misericordia y la justicia, completando así la revelación de la gloria del Dios creador del cielo y de la tierra. El Hijo colgado de un madero mostró los atributos de Dios que el universo no podía mostrar. *La cruz puso de manifiesto un aspecto de la gloria de Dios que el universo en toda su grandeza no había sido capaz de manifestar.* Es sobre ese Cristo clavado y traspasado que su iglesia ha sido construida.

Dios hace todo para su propia gloria y la iglesia como institución no sería la excepción. Isaías 43:7 afirma: “a todo el que es llamado por mi nombre y a quien he creado para mi gloria, a quien he formado y a quien he hecho”. Estas palabras obviamente incluyen a cada persona que Dios ha llamado a ser parte de su iglesia. Dios nos hizo para su gloria y, luego que lo echamos todo a perder, de nuevo nos salvó para su propia gloria. Nuestra salvación glorifica, exalta, proclama su gracia, cuando sin merecerlo nos otorgó el perdón, y mediante ese perdón pasamos de la muerte a la vida y de ser hijos de la ira a ser hijos de Dios. No olvidemos que nuestra salvación no le agrega nada a Dios. Él no está más completo o más satisfecho con nuestra salvación, puesto que Dios está satisfecho en sí mismo. Nuestra salvación proclama su gracia y eso le glorifica porque pone de manifiesto quien Él es. De nuevo, por si aún no ha quedado claro, cuando Dios se glorifica a sí mismo, lo que está haciendo es poniendo de manifiesto sus atributos, tal cual lo hacen el universo (el firmamento) y como lo puso de manifiesto su Hijo. Hay algo que nosotros necesitamos entender y es que cuando Dios actúa para su propia gloria, los únicos beneficiados somos nosotros. Cuando Dios despliega su poder, nada es agregado a su ser, pero nosotros somos favorecidos cuando su poder nos protege, nos levanta, nos sostiene y cuando Él hace eso en condiciones extremas como lo hizo en el desierto por 40 años, o cuando levantó a Cristo de entre

los muertos, entonces, Él es glorificado al dar a conocer su poder. Cuando Dios despliega su sabiduría, no se hace más sabio ni tampoco se siente orgulloso de cuanto Él sabe, como ocurre con los humanos; o cuando nos otorga su gracia, Él no se siente ser magnánimo... esas son emociones humanas fruto de nuestra caída. Menciono todo esto para que entendamos mejor que Dios no busca beneficiarse al glorificarse porque desde toda la eternidad, nuestro Dios ha permanecido inmutable, independientemente de cuántas personas o ángeles hayan querido reconocerle o adorarle. Dios nunca ha ganado o perdido nada; Él nunca ha sufrido algún cambio para bien o para mal: Él es Dios. El despliegue de sus atributos solo nos beneficia a nosotros. Con ese entendimiento, quizá podamos entender mejor por qué Dios edificó su iglesia para su propia gloria: La iglesia como escenario para revelar su naturaleza santa, benevolente, sabia y poderosa. Miremos cómo Efesios 3:10 apoya esta idea que acabo de mencionar: “a fin de que la *infinita sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia* a los principados y potestades en las regiones celestiales”. Dios ha querido mostrarse a través de su iglesia y, por medio de ella, “enseñar” a los seres angelicales acerca de su naturaleza; acerca de su carácter. La iglesia es un instrumento de enseñanza y de glorificación en las manos de Dios.

Cuando todo sea dicho y hecho, la iglesia redimida en los cielos cantará acerca de la gloria de Dios por los siglos de los siglos. He estado en retiros, seminarios y reuniones cristianas, algunos de varias horas de duración y otros eventos de varios días donde el hombre, sus esfuerzos, su afán y su necesidad de redención son mencionadas de manera reiterativa, pero donde la frase “la gloria de Dios” ha estado ausente en sus canciones, en sus sermones y en sus comentarios. Cristo dijo una y otra vez que su propósito en la tierra era glorificar a su Padre. En Juan 12:27-28 vemos una ocasión en la que estuvo meditando acerca de su muerte:

Ahora mi alma se ha angustiado, y ¿qué diré: “Padre, sálvame de esta hora”? Pero para esto he llegado a esta hora.

Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo:
Y le he glorificado, y de nuevo le glorificaré.

LA MOTIVACIÓN DE LA IGLESIA

Cristo afirmó que lo peor que le podría ocurrir sería la crucifixión, pero en vez de huir de esta experiencia le pide al Padre: “Padre Glorifica tu nombre”. Cristo muere movido por la pasión de glorificar a su Padre y a su vez el Padre tiene pasión por glorificar a su Hijo. Cuando Cristo dice: “Padre, glorifica tu nombre”, el Padre responde: “Yo le he glorificado y lo glorificaré de nuevo”. De esa misma forma, Cristo envía a su iglesia a glorificar al Padre. Ese era el propósito número uno de la venida de Cristo de manera que la iglesia no puede hacer menos. De ahí es que la pasión por la gloria de Dios debe permear cada actividad de la iglesia de Cristo. Frecuentemente debemos evaluar todo lo que hacemos en la iglesia y preguntarnos por qué lo estamos haciendo. Si la respuesta no es “para la gloria de Dios”, entonces deberemos revisar cuál es la motivación real: si no es Dios, es secundario. Ahora bien, las cosas no son para la gloria de Dios, simplemente porque lo afirmemos con nuestros labios, sino porque, al ser hechas, la imagen de Dios es engrandecida en la mente de los demás y porque el crédito es atribuido exclusivamente a nuestro Dios y a ningún otro.

A manera de ilustración, a continuación aparecen algunas preguntas que pudieran ilustrar de qué manera podríamos comenzar nuestra introspección:

1. ¿Por qué enseño a los niños en la iglesia?
2. ¿Por qué diezmo?
3. ¿Por qué canto?

Posiblemente mucha gente que trabaja para Dios nunca se haya preguntado por qué hace lo que hace, o cuál es su motivación principal. Desde el inicio de nuestra existencia como iglesia, adoptamos el lema que dice: “Viviendo en la Palabra para la gloria de Dios”.

Igualmente, nuestra visión termina con la frase “hasta que la gloria de Dios cubra la tierra”. No queremos olvidar la razón para la cual fuimos creados, perdonados, redimidos y ahora preservados. La iglesia que Dios me ha dado el privilegio de presidir también adoptó una serie de valores no negociables, el primero de los cuales dice: “Nuestra motivación para existir es conocer, amar y glorificar a Dios”. Cuando entendemos que la gloria de Dios es suprema, cuidaremos nuestro andar, las formas de hablar, de alabar, de predicar, la metodología al evangelizar, el modo de adorar a Dios y todo lo relacionado a la vida de iglesia.

El hacer las cosas en la iglesia para la gloria de Dios es algo que tiene que ser cuidado de manera muy especial. Las cosas más importantes pueden ser desvirtuadas. Es posible utilizar la Palabra para llenar una necesidad puramente intelectual o para llenar la necesidad del hombre de sentirse importante al ser reconocido como maestro de la Palabra. Y otras veces la Palabra ha sido enseñada para llenar un vacío en nuestras vidas; pero, si la gloria de Dios no es el motivo, estamos construyendo sobre la arena. La Palabra nos instruye claramente en 1 Corintios 10:31: “Entonces, ya sea que comáis, que bebáis, o que hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios”. El texto no me deja hacer absolutamente nada que no glorifique a nuestro Padre que está en los cielos.

La iglesia no es nada de lo que mencionamos al principio de este capítulo. La iglesia es un grupo de personas que el Padre escogió; que Cristo redimió a precio de sangre y que el Espíritu Santo regeneró para proclamar su gloria por toda la eternidad. Cuando evangelizamos, si lo hacemos como Dios manda, glorificamos su nombre porque ponemos de manifiesto el poder de su Palabra. Cuando discipulamos como nos instruye su Palabra, glorificamos su nombre porque contribuimos a formar la imagen de Cristo en el otro. Cuando disciplinamos, glorificamos su nombre porque contribuimos a reivindicar su santidad.

Cuando la Novia de Cristo es vista al final de los tiempos, la vemos haciendo exactamente lo que Dios se propuso que hiciera. Apocalipsis 19:7 lo dice así: “Regocijémonos y alegrémonos, y

démosle a Él la gloria, porque las bodas del Cordero han llegado y su esposa se ha preparado”. Esto es al final, cuando ya la iglesia esté frente al Cordero. Si la razón número uno de la iglesia fuera predicar o evangelizar, cuando entremos en los cielos cesarían sus funciones y su razón de ser porque allí no habrá necesidad de hacer nada de esto. Pero si la razón es la gloria de Dios, al entrar en los cielos tendremos la misma razón para existir. Al final de la historia de la redención, la enorme mayoría de las cosas que nosotros hacemos hoy no continuarán, solo su Palabra y nuestra adoración permanecerán; ambas testificando que nuestro Dios es digno de suprema adoración.

Es sobrecogedor pensar acerca de las palabras de Pablo para los ancianos de la iglesia de Éfeso: “Tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual el Espíritu Santo os ha hecho obispos para pastorear la iglesia de Dios, la cual Él compró con su propia sangre” (Hch. 20:28). Cada iglesia local ha sido comprada por Cristo con un precio muy alto... su sangre preciosa, la del Dios creador, el Dios del Universo, el Dios a través de quien todo fue hecho. Cada pecado cometido por nosotros los creyentes desdice grandemente de nosotros porque traiciona a Aquel que fue crucificado por nuestros pecados.

EL VERDADERO SIGNIFICADO DE LA IGLESIA

El nombre de iglesia viene de una palabra compuesta en griego conocida como *ekklesia*, *ek*, que significa “fuera” y *kaleo*, cuya raíz significa “llamar”. De ahí que la iglesia esté compuesta de un grupo de personas que han sido llamadas fuera del mundo para formar un reino de sacerdotes que proclamen los atributos de Dios a través de la redención misma. Pedro lo dijo de esta manera:

Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios, a fin de que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable (1 P. 2:9).

La idea de la iglesia no nació en la mente del hombre, sino en la mente de Dios, el cual llamó a un grupo de personas para sí mismo, tal como Pablo le expresa a Timoteo en su segunda carta donde menciona que la iglesia fue llamada por Dios “según su propósito y según la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús desde la eternidad” (1:9). Dios en la eternidad pasada anticipó la caída del hombre y desde aquel entonces se propuso levantar una iglesia redimida de su esclavitud al pecado y que pusiera de manifiesto el amor, la gracia y la benevolencia de Dios. Esta iglesia que, como su nombre indica, fue llamada fuera, es inconcebible que hoy quiera vivir en el mundo del cual fue sacada.

- La iglesia fue llamada fuera del mundo, de las tinieblas a su luz (1 P. 2:9).
- La iglesia fue llamada con llamamiento santo (2 Ti. 2:9).
- La iglesia fue llamada a la libertad de la esclavitud del pecado (Gá. 5:13).

Eso nos habla de que la iglesia debe mantenerse alejada de aquel lugar de donde fue sacada si quiere honrar a su Redentor. Las iglesias que no han querido apartarse no son realmente iglesias y las que han regresado al mundo dejaron de ser iglesias. La iglesia de Sardis (Ap. 3:1) fue una de esas iglesias. Dios le dice: “conozco tus obras, que tienes nombre de que vives pero estás muerta”. Esta iglesia había dejado de ser, ahora solo quedaba el nombre nada más. Hoy tenemos muchas de ellas, con grandes templos, llenas de personas, grandes ofrendas, pero están muertas, por no vivir su llamado. La iglesia no está formada por todo aquel que asiste, sino por aquellos que han sido regenerados y cuya vida de santidad es evidente; ni siquiera está formada por todos aquellos que le llaman Señor, Señor, aunque muchos no lo quieran creer así. Por eso preguntaba Jesús: “¿Por qué me llamas Señor, Señor y no me obedeces?” (Lc. 6:46).

En la catedral de Lubeck en Alemania aparece una inscripción con el siguiente título:

El Lamento de Cristo contra este Mundo Ingrato

Me llamas Señor y no me obedeces

Me llamas luz y no me ves

Me llamas camino y no me caminas

Me llamas vida y no me vives

Me llamas sabio y no me sigues

Me llamas justo y no me amas

Me llamas rico y no me pides

Me llamas eterno y no me buscas.

Si te condeno no me culpes...

En aquel gran día, muchos tendrán que oír palabras similares de parte de nuestro Señor.

No todo el que me dice: “Señor, Señor”, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: “Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?” Y entonces les declararé: “Jamás os conocí; APARTAOS DE MÍ, LOS QUE PRACTICABIS LA INIQUIDAD” (Mt. 7:21-23).

Estas quizás fueron las palabras más austeras, chocantes y amedrentadoras que salieran de los labios de nuestro Señor, las cuales deben movernos a la reflexión profunda. La iglesia está formada por individuos que viven bajo el señorío de Cristo. Recordemos que una cosa es llamarle Señor y otra es vivir su señorío. Una cosa es decir soy templo del Espíritu Santo y otra muy diferente es vivir en santidad reconociendo que soy su templo. Una cosa es leer la Palabra y otra muy diferente es vivirla. Es como dijo alguien muy sabiamente: “Muchos son los cristianos que marcan sus Biblias, pero pocos los que se dejan marcar por ella”.

EL LLAMADO DE LA IGLESIA

El llamado a la iglesia es en dos direcciones: fuera del mundo y hacia una intimidad con Dios. Esa intimidad requiere santidad y de eso adolecen hoy día muchos de sus líderes y de sus miembros. Si la iglesia de hoy quiere verdaderamente cumplir su propósito número uno de glorificar a Dios, tiene que llenarse de su humildad, intensificar su confesión de pecado, su disciplina y su adoración. Parte esencial de nuestro llamado es la santificación. Efesios 5:25-27 nos habla de que Cristo amó la iglesia y se dio por ella para santificarla ¿Por qué? “Para presentarla en toda su Gloria, sin mancha ni arrugas, ni cosa semejante, sino santa e inmaculada.” ¿Entendemos lo alto del llamado de la iglesia? Él dio su vida por una iglesia que reflejara su santidad. Resulta sumamente difícil hablar y proclamar la Gloria de Dios si en nuestra vida no hay santidad.

Efesios 1:5-6 afirma que fuimos llamados para “alabanza de la gloria de su gracia”. La gloria de Dios es su carácter como ya mencionamos a lo largo de este capítulo, de manera que la mejor forma de proclamar su gloria es revelando el carácter de Dios en nosotros, ese es el verdadero cristianismo. Uno de los valores no negociables de nuestra iglesia es precisamente que el carácter es más importante que el talento. Un cristiano talentoso, pero sin santidad es como ver el sol en un día nublado. El mundo debería poder observar la iglesia y discernir que somos diferentes por la forma en que hablamos, vestimos, y andamos. Sin necesidad de preguntarnos, el mundo debería poder discernir que servimos a un Dios misericordioso por la forma en que nos perdonamos unos a otros, que servimos a un Dios lleno de gracia por la forma en que nos soportamos y nos toleramos unos y otros, que servimos a un Dios de amor por la forma que nos servimos los unos a los otros.

A veces queremos proclamar su obra sin reflejar su carácter, y cuando esto ocurre el mundo no cree en la iglesia de Cristo. En Hechos 4:13 se nos dice que la gente se maravillaba cuando veían a Pedro y a Juan y que reconocían que habían estado con Jesús.

Así debería maravillarse el mundo al ver a cada uno de los hijos de Dios. Debería ser obvio que hemos pasado tiempo con Jesús. Si hoy le preguntáramos a las personas que nos rodean si al observarnos pueden notar que hemos pasado tiempo con Jesús, ¿qué dirían? Necesitamos volver a nuestras raíces; olvidémonos de los números; de las ofrendas; del número de iglesias que plantamos... los números nunca han impresionado a Dios. *El éxito numérico de una iglesia no es un indicativo de que Dios la esté bendiciendo.* Esto puede incluir:

- El número de personas que visita el templo los domingos
- El número de misiones
- El número de bautizos

Estas cifras no son necesariamente representativas de bendición. El mejor testimonio de una iglesia es el número de vidas transformadas. Una de las causas de la falta de crecimiento de la iglesia no es la carencia de programas de crecimiento, sino la necesidad de una mejor condición espiritual. La falta de poder es un gran problema en la iglesia, y ese poder no se consigue leyendo un libro o siguiendo un programa. Es un poder sobrenatural que solo se consigue de rodillas en la presencia de Dios. Una de las últimas instrucciones de Jesucristo a sus discípulos fue que no salieran de Jerusalén hasta que no recibieran el poder de lo alto, el poder del Espíritu Santo. Y ¿qué ocurrió cuando recibieron ese Espíritu que descendió sobre ellos? Que aquellos que querían en un momento dado sentarse uno a la derecha y otro a la izquierda fueron fundidos en un solo cuerpo y querían lavarse los pies los unos a los otros. Cuando el Espíritu Santo descendió el día de Pentecostés, la multitud de los que creyeron se hicieron de un solo corazón hasta el punto de llegar a tener todas las cosas en común (Hch. 2:44-47). Cuando el poder descendió de lo alto, los discípulos desarrollaron una obsesión y una pasión por testificar y por eso decían “no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído” (Hch. 4:20). De

ahí que la iglesia primitiva fuese creciendo, hasta llegar a tener tres mil miembros (Hch. 2:41) y más adelante cinco mil (Hch. 4:4).

Cuando nos empleamos en llevar a cabo el propósito de la iglesia, Dios se complace en llenarla de su poder y, al contar con este poder, llegamos a experimentar lo que sucedió en Hechos 4:31-33:

Después que oraron, el lugar donde estaban reunidos tembló, y todos fueron llenos del Espíritu Santo y hablaban la palabra de Dios con valor. La congregación de los que creyeron era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo lo que poseía, sino que todas las cosas eran de propiedad común. Con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia había sobre todos ellos.

Notemos la sucesión de los eventos:

1. Oraron.
2. Fueron llenos del Espíritu Santo y el lugar tembló.
3. Hablaron la Palabra con valor.
4. La congregación pasó a tener un solo sentir.
5. Testificaban con gran poder.
6. Finalmente había abundante gracia sobre ellos.

Primero la oración, luego su llenura, seguido de una predicación valiente, amparada por la unidad del cuerpo, y esto hizo que el poder y la gracia de Dios abundaran en medio de ellos. La iglesia de hoy necesita recobrar todo eso. El cristiano hoy día quiere poder, pero no quiere orar, y la pobre asistencia a las reuniones de oración es la mejor evidencia de esto. Una iglesia que predica y vive la verdad hace que los corazones sean sacudidos. Cuando el cristiano calla la verdad, encubre la verdad, cambia la verdad, o no acepta la verdad, deshonra a Cristo, deshonra la verdad que predica y deshonra al pueblo que trata de ministrarle.

Dios quiere un lugar donde las cadenas puedan ser rotas, pero solo el conocimiento de la verdad, vía la predicación de su Palabra, nos hará verdaderamente libres (Jn. 8:32). Cuando se hace esto la gracia de Dios abunda y es así como Dios queda mejor reflejado en nuestras vidas.

Reflexión final

La iglesia de nuestros días necesita reencontrar las razones de su existencia. La proclamación del mensaje de Dios —a la manera de Dios en el poder de Dios y para la gloria del mismo Dios— es el motivo por el cual Cristo dejó instituida su iglesia. Si Dios no es el centro de su iglesia, el hombre pasará a serlo; si su Palabra no es sobre lo que ha de descansar nuestra evangelización, nuestros métodos y estrategias lo serán; si el Espíritu de Dios no ha de ser el poder por medio del cual hacemos crecer la iglesia, la sabiduría del hombre ocupará su lugar.

La iglesia de Cristo, en muchas ocasiones, no ha tenido la credibilidad necesaria en el mundo de hoy, pero en parte se debe a que la iglesia de hoy ha olvidado cuál es su manual de instrucciones y ha querido levantar una institución divina a través de concepciones humanas. Tenemos que recobrar la confianza en la Palabra de Dios para ver los resultados que queremos ver. Dios jamás bendecirá aquello que no es conforme a su estándar.

El poder de una iglesia no radica en el hombre, sino en Dios y, por tanto, tenemos que cuidarnos de hacer iglesia de una manera que exalte la gloria de Dios, no solo a la hora de alabar y adorar, sino a la hora de evangelizar. El hombre nunca puede ser el centro de lo que Dios hace... Dios sí lo es. Y cuando hacemos las cosas para levantar su nombre, poniéndolo en primer lugar, nosotros somos los primeros beneficiados.